

## XII

### LOS INVASORES

Desde principios del siglo IV al principio del siglo VIII se producen las invasiones, que van a transformar, al menos exteriormente, la España romana. Primero llegan en oleadas intermitentes los bárbaros. Proceden de Asia; pero en el centro y oriente de Europa se han ido templando sus ímpetus durante los primeros siglos de nuestra era, incluso en el siglo IV se han contagiado de arrianismo en el oriente cristiano. En España encuentran el siguiente panorama. En la zona meridional y oriental —Bética, Sudeste y Levante— se asentaban ciudades prósperas desde antiguo. Abdera, Murgis y Baria en nuestra tierra, que ya hemos estudiado. En el interior subsistían penosamente poblaciones arruinadas y casi destruidas.

Las estructuras sociales estaban en parecidas condiciones. Un grupo reducido poseía las fuentes de riqueza y vivía alejado de las otras clases sociales. La mayoría tenía la libertad personal —política y económica— restringida, aunque gozaba de la ciudadanía romana, por la sujeción a las estructuras administrativas: curia y corporaciones, colonato y servidumbre. Incluso a los curiales se les hace la vida insostenible por los onerosos impuestos que habían de pagar y los que no aguantan más escapan a las sierras y se dedican al bandidaje. Son los bagaudas, más temidos que los bárbaros. En esta situación la masa ciudadana se mantiene indiferente ante la invasión de los bárbaros. «Ni una sola ciudad hispana —dice Dozy— tuvo valor para sostener un asedio; por doquiera, como a impulso de un conjuro, las puertas se abrían ante los bárbaros, los cuales entraban sin lucha en las poblaciones, las saqueaban y las incendiaban, pero

no tenían necesidad de matar, y si lo hacían, lo hacían únicamente por saciar sus instintos sanguinarios».

Orosio e Hidacio, dos historiadores romanos de aquella época, ven así el problema. El Imperio romano tenía a España indefensa, sólo se preocupaba de llevarse grandes tributos para pagar a lejanos pueblos federados. Ante esto, los hispanorromanos pensaron que era mejor entenderse con los bárbaros, que habían entrado en la Península, que contribuir con los impuestos para pagar a los bárbaros, que habían entrado en las otras provincias y que permanecían quietos, federados con Roma, por el dinero que ésta les daba. Los hispanos —dice Orosio— «preferían una pobre libertad entre bárbaros a soportar el apremio tributario de Roma».

Secuencia de las invasiones: en el año 406 vándalos asdingos y silingos, alanos que procedían de la zona oriental de Germania y suevos que eran germanos occidentales, cruzan el Rin y penetran en la Galia (Francia). En el 408, según San Isidoro, o en el 409, según Hidacio, pasan a España y en el 411 se reparten las tierras españolas. Los vándalos asdingos y los suevos ocupan Galicia, los vándalos silingos se apoderan de la Bética, los alanos se aposentán en la Lusitania y de allí vienen a la Cartaginense. La vieja linde que partía las tierras almerienses entre la Bética y la Tarraconense, después la Cartaginense, las divide ahora entre vándalos silingos y alanos.

En el 415 los visigodos, al servicio de Roma, pasan los Pirineos y se establecen en Barcelona: muere su rey Aiaulfo y eligen a Valia. En el 418 expulsan a los alanos de la Cartaginense y a los vándalos silingos de la Bética. En el 419 los vándalos de Gunderico ocupan la Bética y dos años después derrotan a un ejército romanogodo. En el 426 se apoderan de Sevilla y Cartagena, del litoral meridional y levantino, desde los que dirigen expediciones a Mauritania y las Baleares. En el 429 destruyen Cartagena y pasan a Africa. Los suevos vienen en su lugar. En el 456 son derrotados por los visigodos, que ocupan las Galias y España; entre los años 484 y 507 éstos aseguran su poder en la Cartaginense, la Bética y la Lusitania.

«Fueron invadidas las Hispanias —cuenta Orosio— y padecieron matanzas y devastaciones; nada nuevo, porque durante los dos años en que se ensañó la espada enemiga tuvieron que sufrir de los bárbaros lo que habían sufrido en otro tiempo, durante doscientos años, de los romanos». Acaban con las riquezas y aprovisionamientos de las ciudades los bárbaros que se dan a la matanza y al pillaje, la peste que no es más clemente, los recaudadores de impuestos y los soldados.

A partir del reinado de Teudis, años 531-544, la Bética pasa al primer plano del escenario histórico. Los reyes visigodos pretenden hacer efectivo

su dominio en esta provincia y chocan con la resistencia de la población campesina y urbana, romanizada y cristianizada, derrota a Agila en Córdoba. Su hostil actitud contra los católicos, que constituían la masa de la población, favorece a Atanagildo, elegido en el 551 contra él. Atanagildo pidió ayuda al emperador bizantino Justiniano, que le envió tropas al mando de Liberio, que derrotaron a Agila en Sevilla y ocuparon Andalucía y el Sudeste, llegaron por la mar y ocuparon las costas desde la desembocadura del Guadalquivir a la del Júcar e hicieron penetraciones más o menos profundas en el interior. Entre las ciudades de la costa ocuparon Málaga, Abdera, Urci y Cartagena; en el interior Baeza, Guadix, Baza, Cehegín, Elche y Montealegre. Su gobierno de la zona ocupada lo tuvieron en Córdoba del 567 al 572 y del 579 al 574, después en Cartagena hasta el 621.

En el 570 Leovigildo entra por la Bastetania y recupera Málaga, en el 572 conquista Córdoba. En los años 579-585 Hermenegildo, apoyado por los bizantinos, se rebela contra su padre y se sostiene en Córdoba y Sevilla. En el 587 Recaredo se convierte a la religión católica. Entre este año y el 610 la guerra entre visigodos y bizantinos se desarrolla en tierras de Baza y Guadix. Entre el 512 y el 621 Sisebuto obliga a los bizantinos a abandonar el sudeste y la Bética y Suintila acaba expulsándolos del Algarve.

Cuando a principio del siglo V comenzaron las invasiones de los bárbaros, la población de la Península Ibérica se aproximaba a los nueve millones de habitantes. Los invasores en conjunto no pasaron de los doscientos mil. La población indígena se conservó más pura en Vasconia y en el Sudeste, aquí porque dominaron los bizantinos durante setenta años. Predominaban los hispanorromanos, en algunas regiones había hispanos puros, en el Sur y Sudeste había comunidades judías. La convivencia de godos e hispanorromanos fue íntima en las aldeas. Los antiguos poseedores de la tierra se sometieron a los repartos que impusieron los godos a partir del año 418. Los visigodos conservaron la estructura de la administración pública hispanorromana. En el Sur y Sudeste siguen trabajando las colonias de comerciantes.

La administración eclesiástica cruzaba en la Baja Alpujarra almeriense las lindes entre los obispos de Urci y Vergi, en Punta Entina, sobre la antigua linde entre la Bética y la Tarraconense-Cartaginense. Enix, Felix, Vicar y Turaniana eran de Urci. La metrópoli de Hispalis (Sevilla) comprendía once obispos, entre los que se comprendía Vergi, pero es dudoso que éste subsistiera hasta tan tarde. Quizás su territorio estuviera ya embebido por el de Iliberri (Granada). Más dudoso es que Abdera fuera sede episcopal en el siglo VI. El supuesto se funda en que dos obispos fir-

man las actas del concilio III de Toledo, Esteban como obispo de la «Elibertanae Ecclesiae» y Pedro con igual título. El P. Flores cree que es un error de los copistas, que repitieron Elibertanae por Abderitanae. todo esto es gratuito. Más fundamento tiene que al concilio provincial celebrado por San Leandro en Sevilla el cuatro de noviembre del 590 asiste un obispo de Abdera; pero al segundo concilio celebrado en la misma ciudad el año 619 no asiste obispo de Abdera. Se trata, pues, de una creación temporal, para que un obispo pueda asistir al concilio de Sevilla por la cristiandad de la Baja Alpujerra oriental. En cuanto al problema de los dos obispos, Esteban y Pedro, que asisten al concilio, uno sería titular y otro auxiliar. Si existió esta sede, apenas duró cincuenta años.

Los visigodos quisieron borrar todo rastro de la presencia bizantina en el Sur y Sudeste, por lo que apenas se han encontrado restos arqueológicos suyos. Un fragmento de inscripción en Abia y alguna cerámica norteafricana del siglo V en Villaricos. Las basílicas son de planta africana, es decir, copia de las que se construían en el siglo VI en el Norte de Africa, con ábside y pila bautismal de planta cruciforme. En toda la Península se han excavado y estudiado cinco, de las que tres en Andalucía: Alcaracejos en Córdoba y Vega del Mar y San Pedro de Alcántara en Málaga. La mejor es la de Vega del Mar, de planta cuadrada, tres naves, dos ábsides, dos sacristías, una piscina bautismal cruciforme y un cementerio. En el 1960 Algarra, maestro nacional de Celín, en sus inspecciones arqueológicas por el Campo de Dalías encontró la planta de una basílica en la cañada de Onayar, puso el hallazgo en conocimiento del entonces director en funciones del Museo Arqueológico Luis Siret, de Almería, sin que vieran a comprobar la denuncia. Después, con la remoción de terrenos para los nuevos cultivos y la imprecisión de la denuncia, ha sido imposible encontrarla.

Sesenta años después de la expulsión de los bizantinos nuestro enfrente africano se encrespa con la llegada de los árabes, lanzados el año 622 a la conquista del mundo por la predicación de Mahoma. En septiembre del 681 el general Uqba ben Nafi llega a Tánger, donde encuentra un gobernador cristiano de nombre Yulyan, que le ofreció regalos, le previno que había llegado a los confines del mundo y le animó a combatir a los beréberes de Sus. Lo único cierto es la llegada de los árabes al Atlántico. En el año 689 el general al-Hassan ibn al-Numan entra en Túnez e Ifriqiya (Argelia) y asedia Cartago, que estaba en poder de los bizantinos, cuya escuadra huye. Los beréberes cristianos de la antigua y famosa cristiandad norteafricana resisten a los invasores, especialmente los Yarawá establecidos en los macizos del Awrás que, mandados por su reina, al-Káhima, logran retrasar cinco años la ocupación total del país, hasta el año 694,

que muere Ibn al-Numan. Aquellos heroicos ejércitos beréberes se movían llevando al frente un sanan que, según Oliver Asín, era una imagen de Cristo, de la Virgen o de un santo protector. Acosados por los musulmanes, se retiran a Melilla y pasan al Sudeste de España, se instalan en Berja y en Batares, dan nombre a un poblado minero entonces quizás abandonado, Castala, en recuerdo de su Qastilya beréber, y a un poblado de la vega, Alcaudique, caput aquae, cabeza del agua. Estos beréberes hablaban una lengua con fuerte influencia latina, un beréber romanizado, del que salen estas expresiones: caput aquae, que dieron a este lugar por estar junto al cuantioso manantial, cuyas aguas riegan su vega. Durante los ocho siglos de ocupación musulmana Caputaquae evoluciona y llega a los castellanos de los Reyes Católicos convertido en Quibbdique, Guevidique, Alcabdíc, Alcaudic y Alcaudique. Castala y Alcaudique son el recuerdo de aquellos valientes cristianos norteafricanos en nuestra tierra.

En el año 705 el caifa al-Walid encarga a Musa ben Nusayr, emir del Magreb y almirante de la flota musulmana, que complete la conquista de Marruecos. Musa pasa el río Muluya, se apodera de Tánger y encarga su gobierno a Tariq ben Ziyad, uno de sus mawlas. En el 708 asedia en Ceuta al legendario conde don Julián, que resiste ayudado por los cristianos de la orilla española del Estrecho; pero en el 710, muerto Vitiza, entrega la plaza a los árabes y se pasa a su servicio.

En abril-mayo del año 711 Tariq pasa a la costa española del Estrecho con siete mil hombres, la mayoría beréberes, algunos libertos y muy pocos árabes, se hace fuerte en el monte, que desde entonces lleva su nombre, Yebel Tariq, monte de Tariq, Gibraltar, y cuando sabe que don Rodrigo baja desde la tierra de los vascos a arrojarlo a la mar, pide refuerzos a Musa que le envía otros cinco mil beréberes con el conde don Julián. Don Rodrigo lucha durante ocho días, del 19 al 26 de julio, los partidarios de los hijos de Vitiza le traicionan y pierde la batalla. Tariq en dos campañas llega hasta Amaya (Burgos). Musa pasa el Estrecho en julio del 712 y ocupa el centro de España, en el 713 su hijo Abd al-Aziz ocupa el Sudeste y Levante y en el 714 completa la conquista de España. Para Sánchez Albornoz la clave del éxito de los invasores musulmanes está en su poderío militar y en la debilidad del envejecido estado visigodo. Abad al-Aziz ocupó Granada y la dejó en poder de su comunidad judía, otro tanto debió hacer en la Alpujarra y en Urz, con numerosa población judía, que se vengaba así de la persecución iniciada por los visigodos en los años anteriores. Persiguió a Teodomiro hasta Orihuela, capital de su ducado, que se entregó por capitulación, que alcanzó a todo el ducado, que comprendía las tierras del Sudeste y Levante, desde la sierra de los Filabres hasta Valencia.

Todo lo referente a la invasión musulmana queda aún muy confuso por falta de cronistas contemporáneos, árabes o españoles, carencia que aprovechó en el siglo XVI el falsario morisco Miguel de Luna para componer una fantástica historia de la invasión con el título de «Pérdida y conquista de España. Verdadera historia del rey don Rodrigo», que no citaría, si no se hubiera inventado una derrota de Tariq a manos de los alpujarreños y un capitán Abuxarra, que desembarca en Adra con diez mil infantes y cuatrocientos jinetes, ocupa la Baja Alpujarra almerienses y ajusta una capitulación con Otogerio, obispo de Berja, falsedad que recoge en el siglo XVII el canónigo granadino Bermúdez de Pedraza y en nuestros días eleva a la categoría de fuente histórica en lo que a Berja se refiere un escritor, al que algunos hacen caso.